

Luis Alberto Sánchez

La literatura del Perú republicano

DERROTERO PARA UNA HISTORIA ESPIRITUAL
DEL PERU

CAPITULO I

INQUIETUD Y REVOLUCION

«Antes la muerte

Que consentir jamás ningún tirano».

Quintana.—Citado en el Prospecto
de «La Abeja Republicana».

I

APARICIÓN DE LA MUJER



L desembocar en un nuevo estadio de la evolución espiritual peruana, sorprende la aparición de elementos nuevos. A los ingredientes económicos y a la inquietud política, se añade la surgencia del tema erótico sin rébozos: asoma la mujer. Ella que, con su ausencia, dejó trunco y balbuceantemente chocho al lirismo colonial; ella que, con su tímida y pecaminosa insinuación mestiza, logró avivar la sangre de ponderados señorones virreinalicios, galanes aunque caducos; ella que malhumora a Caviedes y tuerce el vino de

Terralla; ella misma se allega a esta nueva etapa de la historia espiritual peruana, moldeando parte de la literatura, modificando su derrotero y produciendo severas alteraciones en sus bases. Así como la falta de par femenino deja huérfano el lirismo del Quinientos y Seiscientos, así, desde fines del Setecientos, la plena presencia de la mujer impregna de cierta indudable ansiedad y angustia a la Colonia vacilante; y, al comenzar el Ocho-cientos, la mujer avanza, captura puestos abandonados por la escolástica, y, como consecuencia, todo el empuje lírico que tras ella vuela, anega la literatura de aquel tiempo.

El romanticismo anexo fué nota particular y persistente en América. Ya he tratado de mostrar cómo el Inca Garcilaso revela, más clara y hondamente que la huella clásica, la romántica, pese a la edad en que le tocó vivir. Verdad que Garcilaso es un lírico mondado, sin *alcibiadismo*—lo inverso del *narcisismo*, según creo haber demostrado en cierto ensayo—, pero, de toda suerte en él la tersura clásica no logra contener el estremecimiento pálido que asciende desde el fondo de su raza materna. Romántico fué, en cierta forma, también el *Lunarejo*, cuando lanzóse a la defensa de un admirado y doble ausente: ausente de su órbita y ausente de la vida: don Luis de Góngora y Argote. Románticos parecen los ditirambos de Caviedes, cuando frustra su culteranismo, aunque más justo será decir que Caviedes fué un culterano a quien tentó la sátira, siendo, como era, mestizo rebotante de nostalgias y presentimientos. No es tan absurda la reiteración de la escritora venezolana Teresa de la Parra, acerca del origen americano del romanticismo, que ya otros habían sospechado, aunque no definido. Si el romanticismo sustenta sus principios en naturaleza, individualismo, confesionalismo, sentimiento y contradicción, nada más americano que él: la naturaleza—ingrediente literario—fué la nuestra en «Los Natchez», «Pablo y Virginia», «Manón Lescaut», «Atala». Nuestra fué la languidez tropical; nuestras la versatilidad, la contradicción, la antítesis, tan comunes en el escritor romántico de Francia y en el

criollo americano de cualquier país. Paradoja e individualismo constituyen notas distintivas del carácter y la sensibilidad americanas. Además, los románticos franceses—no los alemanes—vinieron a inspirarse en fuente nuestra. Por uno u otro motivo, Josefina Beauharnais, criolla de danzón, acompañante del héroe romántico Bonaparte; los amantes de «Manón», fugitivos en busca de libertad; el idilio de Saint Pierre, y los deliquios de Atala tienen por marco, en algún instante, al trópico americano. En América aprendió Lafayette—penacho romántico—a conducir libertades. Para conocer y amar a la naturaleza, vinieron a América De Jussieu y Bompland, y Humboldt, quien se enamoró perdidamente de una criolla mexicana. En cambio, el tropical Miranda, empuñó su espada por la romántica cruzada de la Revolución Francesa y de la Americana. La Revolución había recibido en palmas a Olavide; y el académico Marmontel, para ejemplarizar a los hombres con el señuelo de la Fisiocracia y el naturismo roussoniano, no trepidaría en publicar «Les Incas», idílico relato extractado de Garcilaso. Aun Voltaire—corrosivo preparatorio del romanticismo—volvió los ojos a nuestro Continente, a través de «Zaira». Cuando más tarde, surge el gran movimiento proletario universal, una mujer de sangre peruana, Flora Tristán, *la Paria*, infunde su ánimo tropical a la campaña, y Lewis Lorwin recoge aquella etapa, preparatoria del Socialismo Científico, bajo el significativo mote «de Flora Tristán a Carlos Marx», en su reciente «Historia del Internacionalismo obrero». Ya América nadaba en el torrente mismo de aquella etapa histórica. El americano Hudson ofrece el invento del buque a vapor, a Bonaparte, que no lo estima. Franklin imagina el pararrayos y ata la solidaridad entre los intelectuales chauteabriandescos y los washingtonianos. A los escolares de Lima—tengo el ejemplar de mi abuelo—se les enseñaba francés con las «Meditations et Harmonies», de Alfonso de Lamartine, romanticísimo. Byron titubeó entre Grecia y América, para dedicarles su vida, o, mejor, su muerte. El más fiel discípulo del

desmelenado ya Quintana—clásico mal contento—fué el peruvioecuatoriano Olmedo. Es curioso recordar que el jesuíta arequipeño Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, conspiró en Londres, al lado de Pitt, contra España. América resultaba así la máxima atracción del mundo, por pintoresca o por aprovechable, por romanticismo o por utilitarismo (germinaban casi a la par el romanticismo de Rousseau y el utilitarismo de Jeremías Bentham). En el encuentro de ambas tendencias, América fué tentación y partida. No pocas veces fué arribo, también. Y además, incidió en los sucesos europeos del romanticismo conquistador de aquellos tiempos, y con Bolívar se perfiló hacia lo exterior. La primera gran conquista americana fueron los «chapeaux a la Bolívar» que hicieron las delicias de los petimetres parisienses en la tercera década del Ochocientos...

L. A. Sánchez, «Alcibiadismo y Narcisismo, dos formas americanas», en «La Nueva Democracia», Nueva York, febrero de 1935; Id. «La Literatura Peruana», tomo II, Lima, 1929, pág. 216; Jules Mancini, «Bolívar y la emancipación de la América Española», París, 1912, pág. 68; Rubén Vargas Ugarte, S. I. «El P. J. P. Vizcardo y Guzmán», en «Revista histórica», Lima, 1925, tomo VIII, pág. 5; Martinenche, *Espagne et le romantisme francais*, París; L. Lorwin, «Historia del Internacionalismo Obrero», tomo I, Ed. Ercilla, Santiago, 1934, pág. 28.

Nada de extraño tiene, por consiguiente, que uno de los ingredientes del romanticismo europeo fuese la *anécdota americana*, aparte del clima de la época, del surgir del individualismo, el culto a la naturaleza y las guerras napoleónicas. Criollas lánquidas e ideas turbulentas; insatisfacción de largo y forzado coloniaje; jesuítas criollos, enfermos del mal de ausencia, como los

antiguos mitimaes, que prolongaban su cultura en Masafarrara, Florencia, Venecia y Londres; leyenda pródiga de un paisaje ubérrimo, con bosques en los que «todo es verdor y nada más», según la compendiosa frase de La Condamine; mujeres de ojos profundos y tentador color de capulí; puños engarfiados en protesta, y cansino aire soporoso bajo el sol tropical; conflicto de razas y subrazas; desigualdad económica y feudalismo dilatado y ambicioso; historia multiseccular que arrancara de Lemures y Atlantes, según cronistas crédulos: he aquí los elementos de un nuevo espíritu americano, cuya expresión concreta se llama Romanticismo. Y como, además, crecía la inquietud política; como fermentaba la insatisfacción económica; como germinaba necesariamente, en contra de lo español, sustentador del clasicismo—y el clasicismo literario entraña conservadorismo político y viceversa—, nada más natural que los movimientos antiabsolutistas requirieran el estadio previo del anticlasicismo, a modo de insurgencia literaria, precursora de la insurrección política: tal como ésta es sólo el índice de la insatisfacción social. Así, el fenómeno del romanticismo resulta el fruto más logrado y espontáneo del Nuevo Mundo.

Max Daireux, «Panorama de la Littérature hispanoaméricaine», París, 1930; Melchor Fernández Almagro, «Orígenes del régimen constitucional», Ed. Labor, Madrid, 1929.

Aunque, aparentemente, el romanticismo contenga elementos heteróclitos, pocos movimientos espirituales han presentado frente más uniforme y compacto. Porque «El Contrato Social» corresponde a «Las Noches», de Musset; las «Confesiones» de Juan Jacobo, a la «Confession d'un enfant du siècle»; las canciones patrióticas de Korner a las odas de Quintana, antecesor, éste, del romanticismo español, por mucho que luciera forma clásica. Y hay más.

La «Nueva Eloísa» y aun la volteriana «Doncella de Orleáns» consideran a la mujer de modo semejante al lejanismo de los clásicos, o, aun más propiamente, de los renacentistas. Mientras los Luises ocultaban su libidinosidad, erigiendo marquesas a sus queridas y fingiendo dorados embarques a Citeres—que un Watteau recogería para disfrazar borrascosas bacanales,—la Revolución, hija y madre del romanticismo, transforma a la Razón en mujer desnuda, exaltando así lo que de natural existe en la figura humana, contra la hipocresía del pudor capeto, hecho provocación y arrumaco a través de sedas y encajes.

La mujer aparece en la literatura peruana como una semi-libertadora. Ya he señalado, en el capítulo VI del tomo II de esta obra, los gérmenes de rebeldía política contenidos en la belicoidad sexual de la mestiza Perricholi, que enloqueció al caduco virrey Amat, y que, metamorfoseada en diversas encarnaciones, concebiría en su obscuro vientre, a criollos turbulentos e inconstantes, a quienes mirarían, desconfiados, los padres peninsulares. La mujer, luego, por influencia exótica o de rebote, determina un nuevo sentimiento y nuevos pensamientos en América toda. Es esta influencia femenina la que influye muy poderosamente para formar ambiente propicio a la inquietud, a la exaltación individualista, a la aventurería y al contraste; ella ataca, además, todo lo medido, lógico y previsor del clasicismo. La mujer y su estilo son anticartesianos, por excelencia. Busca y halla un nuevo venero de metáforas. Bouvier observa cómo, a través de la metáfora, sería posible dividir gran parte de la llamada «literatura moderna» en dos grandes sectores: el que, arrancando del Renacimiento, da primacía a las figuras de la antigüedad grecorromana y se agosta con los fracasados intentos del clasicismo; y el que, partiendo del romanticismo, propaga las figuras extraídas de la naturaleza, huyendo de lo ficticio y libresco. Aparece, así, el culto a la espontaneidad y al frenesí, que marca la hora cenital de la improvisación en abierta pugna con lo regla-

mentado y lo previsto, se inclina a la insurgencia, y se lanza, después, a la revolución.

Bouvier, «Introduction a la litterature d'aujourd'hui, París, 1928; Sánchez o. c., tomo II.

Obtenida la temperatura romántica, en que la mujer asume una misión principalísima, se explica por qué la política, la vida y la literatura de aquellos días aparece teñida de dos notas esenciales: *lirismo* y *frenesí*. Mientras, al comenzar la conquista, la ausencia de mujer justifica el epicismo; al claudicar la Colonia, el entronizamiento de la mujer trae espontaneidad y lirismo. No se habría podido concebir la revolución emancipadora, sin ese antecedente, en apariencia inconexo y meramente poético. Pero nadie podría negar que sin el penacho lírico—que existió hasta en la Fronda—sería infecunda la más activa y tenaz propaganda revolucionaria.

II

EL POETA DE LOS YARAVIES

La mujer apareció en la literatura peruana, antes, pero disfrazada: ello implica desvitalización, fuga de la realidad. El más cumplido amador del Seiscientos no llamaría a su enamorada sino con mitológicos sobrenombres: *Amarilis*, *Filis*, *Clarinda*, *Euterpe*: constelación de beldades incógnitas, en cuyo loor perdían tiempo e inspiración los poetas y amadores virreinales. ¿De qué amante se conoce el nombre, si no fué procesada por la Inquisición? Se las sabe *pecadoras*, mas no *amadoras*. En esto se diferencia, substancialmente, nuestro coloniaje de la Corte francesa, a la que se lo quiere equiparar: la mujer galante del tiempo de los Luises actúa bajo el ropaje de un título ostentoso:

la nuestra vivía oculta y temerosa de la santa fogata. La mujer aparece en la Colonia a título de prestante protagonista sociable, o de candidata al cielo. Rosa de Lima tiene, entonces, la majestad de un símbolo ultraterreno. Las demás son nada más que andamios vivientes para lucir nombres y peplos griegos.

La primera vez que un escritor alude en el Perú a una mujer como ser humano es en los versos de Caviedes (1690); pero el primero en darla un nombre propio, destacándola de todas las otras, es Melgar (1800). Entonces se delinea concretamente la figura femenina. En Bolívar, Monteagudo y en el fanfarrón Manuel Lorenzo de Vidaurre ocurre algo semejante: ellos fueron, al mismo tiempo que políticos, amadores y líricos.

Mariano Melgar (1791-1815), seminarista en su adolescencia, traductor de Virgilio y de Ovidio; educado en normas clásicas, se asoma al nuevo espíritu a través del conocimiento de una mujer, de una niña, a la que cantó bajo el poético—ya no mitológico—mote de *Silvia*. Cambió entonces su mentalidad. Y ello se ahonda cuando—acontecimiento romántico—contempla, por vez primera, el mar: al punto escribe una «Oda al autor del mar». No le obsesiona, pues, tanto la naturaleza como la vida misma. Con Melgar asoma en la literatura peruana el concepto *vital*. Los libros son nada, hay que vivir. Mientras los sabios del «Mercurio Peruano» (1791-1794), no logran libertarse de su afición erudita e inician un nacionalismo indirecto, lento y archivista, en Melgar rompe la vida con admirable sugestión. La vida es lo que le hace ver en los cándidos ojos de una muchachita de 14 años.—María Santos del Corral—el amor, que, sin saberlo, buscaba en la Iglesia. La vida le hace ser *imperfecto*, pero *intenso* en acciones y cantos. La vida le empuja hacia el Conde de Vista Florida, y elogiar en él la mesiánica esperanza de los americanos. La vida ahorca sus hábitos de seminarista. La vida le vierte en la revolución de 1814. La vida le vuelve guerrero y siempre poeta. La vida le conduce a la muerte, frente al

pelotón de fusilamiento, cuando apenas tenía 23 años de su herviente mocedad.

En tan breve espacio, compone yaravíes terrígenos, odas solemnes, tiernos idilios, elegías suspirosas e intencionadas fábulas. Su obra, imperfecta y fugaz, adquiere intensidad patética en las *despedidas* típicamente indígenas. Pero la despedida en Melgar no es el alejamiento o ausencia de los románticos. En él, como en los indios, despedirse es terminar. Quien se va, muere, porque la vida le enseñó al indio que ausentarse es no saber si se muere o se pierde uno. El *cacharpare* quechua revive con su tono de desgarramiento definitivo, de liquidación sin remedio, en vez de lejanía mensurable. Y este acento indígena se ahonda en la *fábula*, en donde la juventud contradictoria del poeta demuestra la ironía cazurra y zoofila del quechua... Melgar siempre está listo a partir. Todo cuanto canta es efímero, huidizo: amor, la libertad inaccesible,—trocada en tangible símbolo femenino—, el olvido, la despedida. Todo, además, de huidizo, es personal y sin alegorías. Su anticonialismo está en el antialegorismo. Canta con lirismo descabalado y hasta pueril, pero de primera mano, en contacto con la vida misma. Y como vida son, entonces, inquietud e insurgencia, he aquí dos temas que fluyen de los versos de Melgar, constantemente; y que, amasados con amor y juventud, delinean su fisonomía romántica. Su muerte prematura lo incorpora, más y más, entre los románticos, como un Byron inculto y quechua de ambiente seminarizado.

Melgar representa la liquidación de la inspiración colonial. Lo que Pezuela fué para la política española en América, es Melgar para las letras virreinales. Rivaguero le llama «momento curioso» de nuestra literatura; es sospechosa la coincidencia con García Calderón, quien denomina a González Prada «el menos peruano de nuestros escritores», siendo así que le consideran el más peruano por generaciones posteriores a la de 1900. Para juzgar a un escritor se le debe relacionar con su medio ambiente y con el futuro. Melgar y González Prada—aque! criollo inculto,

y éste cultísimo—representan «momentos curiosos» para los que juzgan lo nuestro en función de patrones madrileños académicos.

Melgar introduce oficialmente la *tristeza* en la literatura peruana, dando nombre propio al sentimiento informe y errante del *haravec* y el *mitimae*, emblemas del pueblo. El subjetivismo se abre paso, y subyuga a Lima. Con Melgar surge la *provincia*, Arequipa, rompiendo con la hegemonía intelectual limeña. He ahí otro síntoma de anticolonialismo y de revolución. Melgar trajo, pues, la voz *rural* y *autóctona* del criollo. En la pena del yaraví, se deslía, sin duda, una angustia ancestral. Nada, por eso, tan curioso como constatar que la primera rebeldía lírica en el Perú surja en una ciudad provinciana, con un poeta niño, ex seminarista, revolucionario y enamorado. Por todo ello, el acento de Melgar tiene la vehemencia del que no espera: dice, por ejemplo, cual un Leopardi ciego y pueril:

No nació la mujer para querida,
Por esquiva, por falsa, por mudable;
Y porque es bella, débil, miserable
No nació para ser aborrecida.

No nació para verse sometida,
Porque tiene carácter indomable;
Y pues prudencia en ella nunca es dable,
No nació para ser obedecida.

Porque es flaca, no puede ser soltera;
porque es infiel, no puede ser casada;
Por mudable no es fácil que bien quiera.

Si no es, pues, para amar o ser amada,
Sola, casada, súbdita o primera,
La mujer no ha nacido para nada.

«Poesías», de don Mariano Melgar.
Lima, 1878, pág. 120; R. Cúneo Vidal,
«Reminiscencias de María Santos Corral», en «Revista Histórica», Lima, 1928.

Esta vehemencia trasunta diversos ingredientes. Melgar, seminarista, rompe su capuz de ascetismo cuando experimenta el despertar sexual. Su libido asoma inmaduro, soñando vagarosidades, ante una niña, mucho menor que él. A María Santos del Corral, acaso impúber, la reviste con todos los encantos de una mujer. Su sexualidad, sin las malicias y experiencias preacumuladas de un Stephen Dédalus, avanza castamente por entre mundos de irrealidad. Así le ocurre, después, con la política. No atina a captar el mundo este poeta iluminado. La libertad inaprehensible y esquiva reemplaza a María Santos: el joven necesitaba una forma informe que seguir. Y la siguió hasta la muerte. Con vehemencia semejante a la de Byron, cuando, ya en lo meramente amoroso, tras el desencanto de su balbuceante amor con Mary-Ann Chamworth, dedicaba sus versos a denigrar a la mujer, incógnita tentación de todo amanecer romántico. Y como Byron, el imperfecto quechua cifrará «toda su historia» en el amor de Silvia:

Por si logro mostrarte mi firmeza,
Por si, al fin, tus recelos se disipan,
La historia de mi amor, *toda mi historia*,
Voy a contarte mi querida Silvia...

Tres veces, no más, vió Melgar a Silvia, y la juró amor eterno. Ella, la chiquilla apenas púber, no oyó o no entendió al arrebatado poeta. Rompió en tristezas el cuitado, enfermo prematuro de romanticismo:

no hay más: para llorar sólo he nacido.

Mézclanse temores económicos. Amenazan a Melgar con la pobreza, si Silvia le escucha:

porque ya la fortuna que vacila
robó a mis padres,

giro que pudiera entenderse como que habían muerto. Así rueda la «Carta a Silvia», bronca y pueril, «Vita Nuova», arequipeña del Ochocientos. Tal vez, Melgar, experto traductor de Ovidio y Virgilio, sintió la tentación de dejarse arrastrar por Alighieri. El nombre y la figura de Silvia evocan lecturas italianas antes que grecolatinas. Pero le ganó el desconsuelo quechua. Sus yaravíes trasuntan ese sentimiento de desasimiento de toda esperanza:

amor, amor no quiero,
no quiero más amar.

Melgar, o. c., p. 171, 177, 178, 191.

Mas ya le tienta el tema heroico. Ante el conde de Vista Florida, dice:

Ilustre americano,
Honor del peruano suelo,

y en la «Oda a la Libertad» será más preciso:

Oid: cese ya el llanto;
levantad esos rostros abatidos,
Indios, que con espanto,
Esclavos oprimidos,
Del cielo y de la tierra sin consuelo,
Cautivos habéis sido en vuestro suelo...
Compatriotas queridos,
oíd, también, amigos europeos.

Era ya por el año de 1812. En Buenos Aires se combatía por la revolución de Mayo. En Lima, conspiraban gentes aristocráticas y de clase media. Y un policial zahori, poniendo un farol ante el rostro de cada uno de los que salían de cierta reunión conspirativa, les decía con amenazadora zalamería: «Mi amo, el señor Virrey, me encarga decir a V. M. las buenas noches». En

tanto, Melgar estaba más cerca del foco de insurgencias, aunque embebido en su pasión erótica. Al volver a Arequipa, de aquel viaje en que descubrió el mar,—huir, partir—encontró nuevamente a Silvia: sus padres le obligaron a volver a Lima:

¿Para qué a verte volví, Silvia querida?
¡ay, triste!, ¿para qué? Para trocarse
Mi dolor en más triste despedida...

Se enfervorizó, en Lima, con los ideales revolucionarios. Tornó a Arequipa en vísperas de la insurrección de Pumacahua. Rota la cadena de su vida, siervo de su lirismo y de su destino de partir, se enroló con los rebeldes, combatió y murió, en 1815. Quien le condenó a muerte fué un hijo del virrey Amat, mas no de la *Perricholi*. Y ese mismo Manuel de Amat y León es el que, se casa con Silvia en 1819. Le robó la vida y la amada al poeta mártir. Pocos destinos tienen epílogo más doloroso, ni más romántico.

III

EL FRENESÍ: VIDAURRE

Por medio del lirismo y el frenesí, llevados por mano de mujer, emancipóse Melgar de la rutina. Aquel gesto habíanlo previsto ya los poetas populares platenses, tanto que desde 1810 y hasta 1813, se cantaba en Buenos Aires esta copla alusiva al impulso libertador del Surperú:

Arequipa ha dado el sí,
La Indiecita seguirá,
La Zamba Vieja ¿qué hará?
Sufrir jeringas de ají.

Me parece ocioso, pero es indispensable, decir que «la indiecita» de la copla es la ciudad del Cuzco, y «la Zamba Vieja» es Lima.

Zeballos, «Cancionero Popular», pág. 165, citado por R. Rojas, «La Literatura Argentina», 2.^a edición, vol. 2.^o, pág. 509-510.

En Lima, las prensas de don Guillermo del Río habían reimpresso por el año de 1808, los romances de la «Defensa de Buenos Aires» y «La Reconquista de Buenos Aires», del «romancista de ciegos», Pantaleón Rivarola, en los que fermentan incitaciones levantiscas.

La *poesía* y la *didáctica* adoptan un acento belicoso. El libro se convierte en vehículo de propaganda. En la Rusia zarista de las postrimerías del Ochocientos, dice Bruckner, la literatura—y principalmente, la novela,—fué cátedra, tribuna, escuela, arte. Al recibir al virrey Pezuela, en la Universidad de San Marcos, el año de 1816, más que alusiones políticas se hizo referencia a la estrategia del vencedor de Viluma; sin embargo, algún áulico escribió:

Y si la insurrección se vió extinguida
Que a pueblos infelices devoraba,
Y la *chusma* enemiga confundida
Sólo en la muerte un triste asilo hallaba...

Se llamaba Juan Pérez de Vargas.—I. P. de V.—el áulico aquel...

A. Bruckner, «Historia de la Literatura Rusa», Ed. Labor, Barcelona, pág. 7.—«Colección de las composiciones de Elocuencia y Poesía con que la Real Universidad... celebró... el recibimiento de su esclarecido vicepatrono, señor don Joaquín de la Pezuela», Lima, 1816, pág. XLI.

Por ese mismo tiempo, las *mujeres* y los *estudiantes*—lirismo más lirismo—lanzaban proclamas y sembraban de inquietud las ciudades. Su vehículo era la imprenta—«funesto arte de la imprenta», como farfulla Valle-Inclán—. Desde luego, algunos se oponían a las nuevas ideas, José Joaquín de Olmedo, entre ellos. Pero las mujeres se lanzaban a la campaña. Poco antes de que llegara San Martín, corrían impresos unos versos titulados «Las limeñas a las santiaguinas», que empezaban así:

Hermosas hijas de Chile,
que de San Martín gozáis,
tened lástima de nos,
decidle que venga acá.

Si avaras de tanto bien,
Sólas lo queréis gozar,
Mirad que somos hermanas,
Decidle que venga acá...

...Si estuviera en nuestro arbitrio
El podernos trasladar,
No estuviéramos aquí:
Decidle que venga acá.

G. Bulnes, «Hist. de la Exp. libert. del Perú». Santiago, 1887, tomo I, pág. 392-393.

San Martín aparecía como un semidios, y eran las mujeres quienes más lo exaltaban. Donde hay mujeres, no se puede escamotear el impulso lírico, es decir, literario. En la Revolución Francesa, ¿a cuántos poetas y soldados no animó esa belicosa Teroigne de Mericourt, esa lógica Madame Roland? En la Revolución Rusa, tan poco empenachada, de pura dialéctica marxista, asoma «La Bolchevique enamorada», prendida de los famosos brazos ebúrneos de una ex cantatriz, Madame Alexandra Kollontay. Pese a su frialdad hombruna, Rosa Luxemburgo es un

ejemplo en la revolución alemana. Uno de los poemas más discutidos, pero más atractivos de la guerra, se llama Mata Hari, o Edith Cavel... También las mujeres peruanas, como las demás indoamericanas, rendían su admiración a los libertadores con pasión romántica. No importa que escribieran o no: lo esencial es que inspiraban valor y belleza. Son ellas vivientes estrofas de un gran poeta inédito.

Apasionadas y vehementes, escriben y propagan. Son la condesita de Gislas o la plebeya Andrea Parado de Bellido, la marquesa de Tagle o Pepita Ferreyros, o las Iturregui de Lambayeque, las que superan a aquella «limana musa» del siglo XVIII, doña Manuela Carrillo de Sotomayor. Cuando llegó San Martín a Lima, las más fervorosas fueron las mujeres. Un mes después, «Las mulatas patriotas de esta capital», es decir, de Lima, se dirigían al Pueblo suplicándole que concurriera «a la Mesa que recibirá públicamente e domingo 19 del presente agosto, en la plazuela de los Desamparados, lo que dictare a V. su patriotismo, para el fin que se expresa en el convite»; y pedían dinero para vestir y presentar bien al «Numancia», parte de cuyos efectivos «es de nuestra clase».

Mariano R. Martínez, «San Martín íntimo», París, s/f. (¿1912?), pág. 159.

Apenas proclamada la Independencia se constituyó la Liga de Damas Patriotas, como una Orden del Sol femenina. En Andrea Parado de Bellido, de Ayacucho, se simboliza el heroísmo de la mujer algo análogo a la «Pola», Policarpa Salavarrieta, en Bogotá. En *Silvia* encarnan la ternura y el romanticismo, a modo de una precursora de la romántica Rosario del «Nocturno» de Acuña, pues sobrevivió en muchos años a su inmortalizador. La conspiración limeña, en la condesita de Gislas. El frenesí irreal, en la fantástica Josefa Luisa, a quien dedicó sus desvaríos el pintoresco Manuel Lorenzo de Vidaurre. La fidelidad—paradógica cosa—en Manuelita Sanz, la querida de Bo-

lívar, quien es dueña de un gesto y una frase memorables: al ser requerida por su legítimo esposo, el médico inglés Mr. Thorne, a volver a su hogar, contestóle: prefiero ser la amante del Libertador, a ser la esposa de usted.

Gil Fortoul, «Historia Constitucional de Venezuela», Berlín, 1908, tomo I; L. A. Sánchez, «Las limeñas y San Martín», en «Mundial» 28 de julio de 1921, Lima; Martínez, o. c.; Gaceta de Gobierno julio-agosto de 1821, Lima; Herrera, «El Album de Ayacucho», Lima, 1862, pág. 41 y siguientes.

Una de las primeras alocuciones de San Martín sería, por eso, la dirigida «al bello sexo peruano». El 12 de febrero de 1825, el Congreso decretaría la creación de una medalla cívica al bello sexo.

Herrera, «Album», cit. pág. 279.

La acción persuasiva de las mujeres en esta etapa significa la aparición de un nuevo espíritu, de una nueva realidad. Asíciase con su ímpetu, al varón y sufre con él, como la admirable mujer de José Gabriel Condorcanqui, en la rebelión de 1780. A veces, cáusale males, por exceso erótico, como a Montea-gudo; o deforma su subjetividad hasta la elefantiasis sentimental, como en Vidaurre, o le impulsa a cometer desatinos, como en Bolívar, pero también le salva tanto en la *noche nefanda* del Palacio de San Carlos en Bogotá, como en aquella otra noche nefanda de Jamaica: Manuelita y Luisa defienden la existencia prócer contra las asechanzas de la alevosía.

Mas, en quien la desviación erótica, trasunto de otros soles, asume acentos agudos, es en Vidaurre (1772-1841). Es el prototipo del romántico desmelenado, con aditamentos tropicales. Jorge Guillermo Leguía, en un libro reciente y aun, admirable, y Raúl Porras, en estudio encomiable, han desnudado esta alma

de ambulante, extracto de misticismo y herejía, de españolismo y afrancesamiento, de bolivarismo y antibolivarismo, diplomático, historiógrafo, Don Juan en las letras, jurista, legislador, fantaseador: versátil y delirante. En sus «Cartas Americanas», el sentimiento erótico manifiéstase con exacerbación, justificando, por cierto, las mordaces observaciones de Leguía.

J. G. Leguía, «Vidaurre», biografía, ed. póstuma en 1934, Lima; Id. «Apuntes psicológicos sobre Vidaurre», en «Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos», Lima, 1928; R. Porras, «El Congreso de Panamá», Lima, 1930, J. P. Paz Soldán, «Cartas históricas del Perú», Lima, 1922, tomo II; J. Riva Agüero, «Carácter de la lit. del Perú indep.», Lima, 1905, pág. 48.

Vidaurre redactó, en Cádiz, el año de 1810, cierto «Plan del Perú» (Filadelfia, 1823), por mandato de un ministro español. Dudó ante la revolución emancipadora, sin espectral, porque el espectador atisba, mientras que el dubitativo, titubea. Representó al Perú, sin embargo, ante el anfictionico Congreso de Panamá, (1826); redactó un «Proyecto de Código Penal» (1828), otro de Código Civil (1834), otro Eclesiástico (París, 1830); antes había presentado una «Defensa de la Soberanía Nacional» (1831), y, antes aun, sus «Discursos contra el Proyecto de Constitución» vitalicia (1827). Pero, en 1839, resumió su personalidad con su célebre folleto «Vidaurre contra Vidaurre» (Lima, 1839). Pero su prurito literatizante se revela en las «Cartas Americanas, Políticas y Morales», escritas en Madrid por 1820 y publicadas en Filadelfia en 1823.

«Cartas Americanas, / Políticas y Morales / que contienen muchas reflexiones / sobre / la Guerra Civil de las Américas, / escritas por el ciudadano / Ma-

nuel de Vidaurre / tomo 1.º / (-) / Impresa en Filadelfia, / Por Juan F. Hustel, al volver la calle segunda, la primera puerta de ella de Dock / 1823». Ejemplar número 0439 de la Bibl. Nal. de Lima. El tomo II tiene la misma carátula, salvo el número ordinal.

Vidaurre delinea ahí su versatilidad: tales los casos de Olmedo, Larriva y otros. La dedicatoria «al serenísimo señor don Francisco de Paula, Infante de España», fechada en 1820, demuestra la tibieza ideológica del autor. Su yoísmo desmelenado surge así: «Si mi carácter me distingue del común de las gentes, mi dedicatoria no puede convenir con las que hasta el presente se han escrito» (pág. 3). Libro político e informativo, para amenizarlo une «en la historia, las dulzuras del amor, porque un corazón sensible sufriría con tormento la lectura de un libro lleno de sangre». No me detendría tanto en Vidaurre, si no fuese porque él, como orador, jurista, legislador, diplomático, político, magistrado de un orden nuevo, encarna lo más señero de la mentalidad de su tiempo. Por eso, oigamos estos párrafos de un prólogo descabalado:

«Las primeras de estas cartas manifiestan el objeto con que
« se escribieron: Yo tengo la gloria de haber inspirado a los cua-
« renta y un años de mi edad una pasión violenta a la joven más
« hermosa de mi país. Aun la tengo mayor en haberla dirigido por
« el camino de la virtud. Este esfuerzo cuasi contrario a las le-
« yes de la naturaleza, me acercó a los bordes del sepulcro.
« En el secreto de mi gabinete continúo escribiendo sobre he-
« chos todos ciertos, sobre máximas políticas, y sobre puntos
« dudosos de la escritura. Fué mi designio únicamente distraerme
« de las penas que abatían mi espíritu y destrozaban mi corazón.
« Jamás pensé que se publicasen, a pesar de las instancias repe-
« tidas de mis amigos. El bien que puede resultar a la patria me

« obliga hoy a darlas a la prensa... Adoro a la verdad y la justicia, el defender con entusiasmo estos ídolos, hollados por personas poderosas, fué la causa de mi ruina y dilatadas peregrinaciones. ¡Posteridad, posteridad, tú serás mi juez!» (pág. 5 y 6)... Ya llegó el momento terrible, sí... es preciso. Rómpanse el vínculo que une nuestras almas ¿Qué digo? ¿Dejar de amarte? ¿La naturaleza que dictando suaves leyes nos impele a amarnos será desobedecida? ¿Porque sus mandatos son dulces y producen el placer, serán por nosotros desatendidos? ¿Los decretos fuertes de un poderoso que se explica con la espada y el fuego no se resistirán? ¿y la encantadora voz que nos convida a ser eternamente felices será brutalmente desechada? ¡Ah! ¡Eternamente felices! No lo podemos ser, amada mía. La religión, la religión no es un fantasma. No es una mácsima política que inventaron los tiranos para sujetar a sus iguales. Ella existe en nuestros corazones y en nuestros espíritus. ... Y si siquiera un fruto de ese amor no existirá? Manuela Narcisa... ¿dónde estás? ¿dónde está, amada mía, ese fruto de nosotros mismos, en cuyo espejo prometimos vernos para siempre» (pág. 7).».

Lanzado por el camino de la declamación, Vidaurre comentará todo lo existente. Su criterio será tan incoherente como sus palabras. Atacará al Arzobispo Las Heras por haber sostenido la guerra civil (pág. 31), combatirá el divorcio (pág. 38), execrará y bendecirá el suicidio (42), censurará a medias a la Inquisición y al virrey Abascal, estará contra la esclavitud: «negros, blancos, amarillos, hombres más o menos oscuros, todos somos de una misma especie nuestras necesidades y pasiones no se diversifican sino por la educación y las costumbres» (71). Alabaré el talento de las americanas; equipararé como psicólogos a Rousseau («Juan Jacobo Rousseau, amigo mío...») y a Maquiavelo, pero, luego se inclinará hacia el clero, obedeciendo a su confesor (133). Vanidoso y atrabiliario, escribirá: «como somos cri

tianos, amiga mía, y por consiguiente, nietos de la sinagoga» (166). Su egolatría le arrancará frases como éstas: «Manes de Vidaurre, acompañadme fuera de España, donde hemos habitado más de dos mil años» (156), y dirá que la casa de Vidaurre, octava de los ricos homes de Navarra fué fundada treinta años antes de la venida de Jesucristo». Cree a Rousseau adversario de la Revolución (200). El que ataca la esclavitud, ataca la libertad de Chile, porque «un negro debe ser admitido en la mesa y en la tertulia de una familia benemérita y antigua» (213). Luego, asentará: «soy español, decidido por el gobierno monárquico» (268). Este grafómano dirá que el escribir es para él un «frívolo entretenimiento» (II), y los rebeldes «tropas de bandidos libertos» (II, 13). Elogia a Bolívar y San Martín, a pesar de todo (II, 58 y 179), y concluirá un párrafo «Rousseau y Vidaurre serán perseguidos aunque tengan los mismos sentimientos» (II, 63)...

Tono egolátrico, vanidoso, oropelesco. Hay mucho de él en su tiempo, y viceversa. No se le diferencian mucho algunos documentos de los próceres. La mujer ejerce una influencia decisiva, *porque a través de ella se revela la naturaleza*. Un mundo animista y mitómano requiere personificación, prosopopeya hasta para encarnar las propias fuerzas del suelo. En Melgar, seminarista pudoroso, apenas se avizora la «Elegía», mientras que, en Vidaurre, viajero y cortesano, desmelenado y tumultuoso, se llega al paroxismo. *Pero no es galantería: es naturaleza, es frenesí, es encontrarse a sí mismo: eso es lo que fluye de la beligerancia de la mujer en aquel amanecer romántico.*

IV

ESTUDIANTES Y MÁRTIRES

Otro elemento lírico y juvenil—los *estudiantes*—contribuye poderosamente a renovar el ambiente. Al par, surge el factor belicoso del *periodismo*, constituyendo con la *mujer-naturaleza*,

la trilogía de rebeldía, polemismo y amor, o sea frenesí, crítica y lirismo.

Ya, en el volumen anterior de esta obra, me he referido a la participación de los estudiantes en la vida pública, para culminar ahora en la Independencia. Casi todos los colegiales de San Carlos fueron procesados por lectores de libros prohibidos, de modo que la literatura se convirtió en delito, a la vez, que en predilección de jóvenes sedientos. En las nóminas de procesados por la Inquisición aparecen Olmedo, Larriva, Sánchez Carrión, Luna Pizarro, Arce, Pérez de Tudela, todos colegiales; y maestros como Baquijano y Carrillo, Rodríguez de Mendoza, Unanue y otros. Al celebrarse fiestas universitarias, el autor predilecto era ya el melenudo Quintana, calvo en efígie pero cabelludo en verso, poeta épico o civil, en quien se encarna un rezagado módulo clásico, que es, al mismo tiempo, preludio indudable de la protesta romántica. Cuando en 1808, José Joaquín de Olmedo recibe el nombramiento de Catedrático de Digesto, se representó en la Universidad de San Marcos «El Duque de Viseo» de Quintana; y Olmedo recitó versos en elogio del cauto y enérgico virrey Abascal.

R. Palma, «Anales de la Inquisición de Lima», en «Ap. a mis últimas tradiciones peruanas», Barcelona, 19... pág. ...; José T. Medina, «Historia del Santo Oficio de la Inquisición en Lima», Santiago, 1887, pág. ...; J. D. Mera, «Ojeada histórico-crítica de la poesía ecuatoriana», Barcelona, 1893, p. 458; Sánchez, «Los Poetas de la Revolución», Lima, 1919, pág. 64.

La poesía de entonces se nutre de acentos civiles. Melgar, también estudiante, escribe por aquellos días, su «Oda a la Libertad» y «Al Conde de Vista Florida», ya mencionadas, en las que campea inequívoco sentimiento rebelde. La inspiración pro-

vinciana y rural de Melgar se distingue de otros poetas tenidos por rebeldes: el burgo es más propicio a la loa, mientras el campo se solivianta y enardece. Bernardino Ruiz, conocido rimador de entonces—el «Anticiro» de las tertulias de la «Sociedad de los Amantes del País», editora de «El Mercurio Peruano»—alabó a Carlos IV y a la liviana María Luisa (1775), así como al Arzobispo González de la Reguera, clasicista a ultranza, americanó-fobo, inspirador de una severa campaña contra los insurgentes políticos y contra los arrebatosseudorrománticos de los innovadores artísticos, para lo cual utilizaría al presbítero Matías Maestro. Ruiz imitaría el acento de Fray Luis de León para llorar la muerte del Arzobispo contrarrevolucionario.

Y ¿qué! padre, así dejas
tus ovejas amadas,
tan míseras ovejas,
tristes descarreadas,
en duelo y soledad abandonadas?

Y, celebrando la victoria de los españoles sobre los franceses, aludiría Ruiz a los americanos en forma displicente:

Haced, Señor, también que participen
de tu inmensa bondad *los tristes pueblos*
que a su angustiada madre desconocen.

J. T. Polo, «El Parnaso Peruano o repertorio de poesías nacionales antiguas y modernas», Lima, 1862, pág. ...; Sánchez, «Los Poetas de la Revolución», pág. 50-51.

La nueva generación, aun bajo la férula universitaria, recio dogal para voluntades remisas, se yergue en distinto camino. Igual que, cuando la Revolución Francesa, nuestro criollo

Chénier va al cadalso cantando mientras que nuestro Byron rural y balbuceante perece ante el pelotón de fusilamiento. Chenier serrano, inseguro, desmañado, presagioso, mal versificador, pero de levantada actitud, en 1805, Gabriel Aguilar fué delatado en el Cuzco, a las autoridades por sospechoso de sueños levantiscos: fué delito soñar, y le condenaron a muerte. Poco antes de subir al patíbulo escribiría unas estrofas, en las que diría:

*¡Qué largas las horas son
en mi reloj desdichado!
¡Parece que se ha parado
al ver mi tribulación!*

y glosaba en décimas un tanto deshilvanadas el cuarteto. Y, luego, «estando en capilla para ser fusilado», según dice el comentar, teje otra «Glosa»:

Alce el reloj su gatillo
y acábeme de matar.
¿Para qué quiero la vida
en un continuo penar?

cuya última estrofa terminaba:

Al fin, reloj desgraciado,
que das las diez sin cautela,
ya, a las once, estando en vela
tus pesas habrás doblado,
y en mi cárcel encerrado
tus cuartos me han de pesar;
a las diez haz de tocar
a exequias por quien murió,
Angel Gabriel que vivió
en un continuo penar.

Herrera, o. c., pág. 324; Bulnes, o. c., tomo I, pág. 372. El penúltimo verso lo da Herrera empezando: «Ángel Gabriel», y otros: «aquel Gabriel». Es de presumir más exacto lo primero por la índole utópico-mística del delito atribuído a Aguilar.

Así se mezclan rebeldías y cantos, que son rebeldía también. Hay quienes, como Moreno, en Argentina, Nariño en Nueva Granada, Luna Pizarro entre nosotros, desdeñan el verso y preparan «Dogma Democrático», principios roussonianos, traducciones de los «Derechos del Hombre». Mas, en Lima misma, el oportunismo y la versatilidad asechan al frenesí. Cuando Pezuela triunfa sobre los patriotas en 1815, la Universidad de San Marcos, por boca de José Pérez de Vargas y F. Llediez, lo celebran porque

.....en Viluma,
Ayohuma y Vilcapujio
a innumerables huestes
a la razón redujo.

Mas, los estudiantes viven otra temperatura, ajenos a los Pérez de Vargas y aun a los Olmedos y Larrivas. Tanto es así que Pezuela, apenas aupado en el virreinalicio solio, se ve obligado a clausurar el Convictorio de San Carlos (1816) y sólo lo reabre bajo el transitorio rectorado de un hombre de su confianza, el presbítero Carlos Pedemonte, hombre de tonsura y disciplina, enemigo de la Libertad. El primer requisito de la reapertura es eliminar a los profesores y alumnos revoltosos: sin embargo, en la ceremonia del 4 de noviembre de 1817, el joven catedrático de Digesto viejo, don José Faustino Sánchez Carrión, elogia encendidamente a Pezuela, pero, poco después, el propio loado le destierra a Huamachuco, separándolo de la cáte-

dra por «insurgente». Sánchez Carrión era uno de los discípulos predilectos de Rodríguez de Mendoza y llegó a ser el tribuno más fogoso del Primer Congreso Republicano.

J. G. Leguía, «El Precursor», Lima, 1922, pág. 82. Ahí cita a J. T. Polo, art. en «El Tiempo» de 22 septbre, 1864 y a Rebaza, «Anales de la Libertad», pág. 163; F. Barreda, «La vida intelectual en colonia», Lima, 1909, Anales Universitarios, tomo I, Lima; L. A. Sánchez, Breve hist. de la fund. y trasnf. de la Fac. de Letras, Lima, 1918.

El antagonismo entre la juventud y el saber frente al poder virreinal se agudizó con el descubrimiento de la conspiración del médico Alcázar, en unión de Espejo y otros. La musa popular lloró la ejecución de los conspiradores, que con Gómez, hicieron temblar al inseguro Pezuela:

¡Oh, cara Patria! No en el campo solo
Del furibundo Marte han derramado
Su purpúro licor tus dignos hijos
Por liberarte de dominio extraño.
Los pueblos, las ciudades están llenas
De víctimas ilustres que inmolaron
a la ambición de dominar, los Gefes
Del antiguo sistema, esos tiranos
que jamás sin horror nombrar podremos...

Herrera, o. c. p. 290.

Que nunca acordaremos sin espanto...

Herrera, o. c. pág. 290.

Así protesta la musa callejera—doctorada en silvas y liras, contra la ejecución de los tres próceres.

Gómez, Espejo y el amable Alcázar...

V

SALONES, CAFÉS, PLAZAS, PERIÓDICOS Y CONSPIRACIONES

En el hervor conjunto por la nueva deidad: la Independencia, salones, cafés y plazuelas juntaban sus mentideros. La mujer y el estudiante hallaban el aliento y el respaldo de lo popular y de lo aristocrático. No hay que olvidar que la Independencia fué un movimiento de terratenientes criollos y de oprimidos criollos: *fué una guerra civil*, según el agresivo Vallenilla Lanz.

L. Vallenilla Lanz, «Cesarismo democrático», Caracas, 19... , pág. ...1

Las letras se aplican al alegato insurgente y la propaganda patriota. *La literatura es, en aquel momento, más que arte, «publicidad»*, utilizando un término del ruso Efros. Abundan los pasquines, pero bien entonados. En el «Diario» de Remigio Silva, patriota mártir del año en 1820, se lee esta anotación: «5 de marzo. Ha amanecido hoy un pasquín en varias calles, publicado en esta forma:

Nació David para rey,
Para sabio, Salomón,
La Serna para soldado,
Pezuela para ladrón».

Bulnes, o. c., tomo I, pág. 421.

Manifestación popular es también la proclama de las mulatas que ya he mencionado. Menos popular, pero insurgente es la oda «Al triunfo del vicealmirante Lord Cochrane sobre el Callao el 6 de diciembre de 1820» que, desde Buenos Aires, escribe Esteban de Luca. Aparecen los vibrantes sonos de «La Chicha», tan popular o más que el Himno Nacional, y de sus propios au-

tores: Alcedo y Torre Ugarte. Canto picante y genuino, de una fuerza descriptiva inmensa, dice en sus estrofas:

Patriotas, el mate
de chicha llenad,
y alegres brindemos
por la libertad.

Cubra nuestras mesas
el chupe y quesillo,
el ají amarillo
y el rosado ají.
Y a nuestras cabezas
la chicha se vuela,
la que hacer se suele
de maíz o maní.

Esta es más sabrosa
que el vino y la cidra
que nos trajo la hidra
para envenenar.
Es muy espumosa,
y yo la prefiero
a cuanto el Ibero
pudo codiciar.

El Inca la usaba
en su regia mesa;
ahora no empieza,
que es inmemorial.
Bien puede el que acaba
pedir se renueve,
el poto en que bebe
o el gran caporal.

El sebiche venga,
la guatía en seguida,
que también convida
y excita a beber.
Todo indio sostenga,
con el poto en mano
que a todo tirano
hay que aborrecer.

¡Oh, licor precioso!,
¡Tú, licor peruano!
Licor sobrehumano,
mitiga mi sed.
¡Oh, néctar sabroso
de color de oro,
del indio tesoro,
patriotas, bebed!

Siguen así otras estrofas, de afirmación autoctonista, en las que aparece el indio como antípoda del español y se robustece un intenso sentimiento de nacionalismo efectivo, incipiente, pero rudo.

Herrera, o. c., pág. 325.

No sólo es en Lima en donde surgen cantos a la libertad. Buenos Aires, puesta la mirada en San Martín, vigila los sucesos del Perú. Y no sólo es Esteban de Luca, a quien acabo de nombrar, en el canto a Cochrane, sino que, por encargo del Gobierno argentino, compone un «Canto lírico a la Libertad de Lima», en el que el rimador compañero de Rivadavia y Moreno, insiste en las *metáforas solares*, que caracterizan aquel período:

Salud, ínclita Heliópolis...

y los americanos serán reverenciados con un

Salud, hijos de Febo...

Rojas, Lit. argentina, tomo 4.º, pág.
895-906.

La moda fética o solar avasalló, también, a Bolívar, San Martín, Olmedo, Monteagudo. «Orden del Sol» es el nombre de la orden que fundan el segundo y el cuarto. «Hijos del Sol» son llamados los peruanos, por el recuerdo incaico. Como reacción antihispana resurge el recuerdo del Incario. El sol vuelve a ser dios tutelar... de literatos y legisladores, al menos.

Otro poeta platense, Bartolomé Hidalgo, dedica alguno de sus célebres «cielitos», a Lima. Pero, no debemos creer que, de pronto, Lima hubiera sufrido una transformación revolucionaria. No. La tradicional *novelería* limeña daba mayor apariencia a lo que acaso agitaba solo la superficie. Deslumbrada por la *actitud* de los libertadores, más que por la acción de la libertad, Lima se convierte en un vivero de conspiraciones. Los cafés de «El Caballo Blanco» y «El Comercio», miran entrar y salir a misteriosos hombres embozados que distribuyen impresos y se pierden en la sombra. La imaginación limeña inventa ollas de doble fondo para que viaje literatura insurgente. El verso chispeante se anticipa a la proclama doctrinaria. Hay más curiosidad y buen humor—o mal humor, envuelto en risas—que inclinación a la rebeldía. Cantores de virreyes conviértense, de la noche a la mañana, en conspiradores. El caso de Riva Agüero, el de Larriva y el de Olmedo no son sino formas de una misma realidad deleznable. Por eso, en pleno hervor de insurgencia, cuando se encuentran en un café, dos clérigos ocurrentes, el cojo Larriva y el panzudo Echegaray, traban regocijado y festejado combate en verso: al enfático «nihil difícil est» con que responde Larriva a Echegaray, éste le espetará de corrido:

*Si nihil difícil est,
según tu lengua relata,
enderézate esa pata
que la llevas al revés.*

A lo que Larriva replicará al punto, aludiendo a la gordura tinajuda de su contrincante:

Cuando Dios hizo esta alhaja
tan ancha de vientre y lomo,
no dijo «Faciamus homo»,
sino «Faciamus Tinaja».

R. Palma, «De Gallo a Gallo», en «Mis
últ. trad. peruanas», Barcelona, 1906.

¡Qué diferencia entre la travesura de estos «revolucionarios» y la dramática existencia de los fautores de la Revolución Francesa, la Reforma alemana o la Revolución Rusa, o aun la Revolución de los Estados Unidos! Literatura de pasquín y de sonrisa, de juego y de chismorreos, exceso de anécdota y de superficialidad.

Precisamente, por tal frivolidad es que en el movimiento de la emancipación hubo tantas mujeres y tantos señoritos aristócratas confabulados; por eso existió beligerancia de salón de moda, y de café concurrido, y de plazuela chismeadora, Casas linajudas como la del Conde de la Vega del Rén, Riva Agüero, Torre Tagle, Vista Florida, Montemar, la condesa de Gislis, etc., cobijaron a los conspiradores. Las mujeres criollas, noveleras adorables, se prestaban, aun las más encumbradas, a los tapujos del intrigante. Y el intrigante, por antomanosía, era cierto noble criollo, educado en España y que, en 1810, conoció el primer confinamiento en Tarma, por orden de Abascal: era José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete, marqués de Monte Alegre de Aulestia, masón y salonero, muy dado a la intriga y al mosconeos conspirativo. Rico propietario pero criollo, aspiraba a tener

derecho al gobierno como los españoles: aquello «fué una guerra civil».

En 1820, Riva Agüero tenía ganada fama de hombre inquieto. Su inquietud había enriquecido la literatura política con un libro: «Manifestación / histórica y política / de la / Revolución / de la América / y / más especialmente / de la parte que corresponde / al / Perú y Río de la Plata / Obra escrita en Lima, / Centro de la Opresión / y del / despotismo, / en el / año de 1816 / -E impresa en Buenos Ayres / Imprenta de los Expósitos / 1818». También don Manuel Lorenzo de Vidaurre, el agitado Vidaurre, estaba germinando su «Plan del Perú». La política polarizaba las actividades todas. .

La «Manifestación histórica y política», conocida con el nombre del «folleto de las 28 causas» atraía al lector con un preámbulo dramático: «cada frase pudo costar a su autor un suplicio». Sin embargo, nada de eso costó, porque Riva Agüero, puesto a declarar, no tuvo empacho en decir que el autor era cierto escritorzuelo chileno que había muerto ya.

Vicuña Mackenna, «La Revolución de la Indep. en el Perú», Lima, 1860, 2.^a ed. Lima, 1925.

Riva Agüero no lucía en su folleto grandes dotes literarias, ni sentido social. Se advertían sus pasiones personales resaltando en primer término. Su actitud godizante se revela en la vehemencia con que dice carecer de vínculos con los indios peruanos, pero cuida de excusar y flojo estilo, alegando que, escribiendo «en el centro de la opresión», «el estilo debe ser lánguido». Con todo, no se atreve a correr los albuces de la persecución. Busca paliativos y salidas. El origen de su exposición está en que el Reu solicitó a las Universidades de América dar a conocer «las causas que han motivado la revolución americana». Simplemente las resume así: «las guerras de Religión y el despotismo». El alegato de Riva Agüero contiene párrafos vibrantes, pero maneja mejor

la insidiosa sugerencia. Fracasa en el panorama, aunque acierta en el detalle trivial. Tiene una imaginación menor, travesura y saña, sin grandeza ni profundidad. Observa lo visible, pero no se percata de lo fundamental. Todo lo que él señaló como «causas» de la independencia, fué exacto, pero lo dudoso está en la beligerancia de tales razones. Carece de trascendencia, a cambio de abundancia de anécdotas. Se le adivina hombre de prejuicios, fisgón, minucioso y un tanto amargo. Inteligente y peligroso, pero más que político es conspirador. De ahí su papel permanente de agitador, sin lograr la realización, el remate.

A título informativo daremos sus 28 causas. Fácilmente observará el lector cuáles merecen el rubro de «causas» y cuáles no. Helas aquí: 1.º el odio de castas entre españoles y criollos «nombre con que se conoce a los negros nacidos en América, e hijos de los negros de Guinea», primera falsedad, puesto que él también era un criollo; 2.º el amor al oro, el monopolio y el despotismo de Fernando VII; (la pintura del pulpero chapetón es de suma vivacidad). Pero, aparte de esas causas principales, expone las que hacían valer los propios americanos. 1. oposición de intereses entre España y América; 2. ultrajes a los americanos; 3. monopolio; 4. explotación en los precios; 5. favoritismo en los empleos; 6. venalidad e inocuidad de los empleados españoles; 7. exceso de impuestos a causa del derroche; 8. déficit de 12 millones de pesos con la consiguiente bancarrota; 9. abusos contra la libertad individual; 10. «que la nobleza está igualmente estropeada por los déspotas y sus satélites»; 11. la persecución al instruido y meritorio; 12. la prohibición de ilustrarse; 13. coacción a la opinión pública; 14. aprobación a todo lo dicho y hecho en España o por españoles, y reprobación a lo hecho y dicho por americanos; 15. negación del derecho de reunión para los americanos; 16. amedrentamiento de los americanos con falsas comedias de supuestas revueltas para reprimirlas; 17. desoimientto a los americanos; 18. prolongación indebida del mandato de virreyes y gobernadores; 19. fomento de rencillas

entre pueblo y pueblo para dividirlos; 20. humillación por verse gobernados por déspotas venales e ignorantes; 21. burla a la Corte de Cádiz y a las libertades de elección y de prensa; 22. violación de correspondencia; 23. posposición de los americanos de valía para favorecer a los de menor valor, con ánimo de desacreditar al nativo; 24. latrocinios de los jefes militares; 25. inobservancia del derecho de gentes para con los vencidos y la propiedad, etc.; 26. abusos en las contribuciones; 27. insultos a los americanos, y 28. desoimiento de toda queja de éstos.

Manifestación histórica y política, ed.
cit. págs. 17 a 22.

Evidentemente, inspira todo el alegato un criterio individualista, liberal. Así lo demuestran, también, las citas de Rousseau, Montesquieu, Helvecio, a las que se unen algunas de Maquiavelo, sospechoso maestro, de San Pablo, del P. Las Casas, del conquistador Mancio Sierra Leguizamo, etc. Tiene datos sobre la realidad peruana (puntos 4.º a 8.º), unas «Reflexiones sobre el antiguo cumplimiento de las órdenes reales de España» (págs. 65-69), y un punzante diálogo sobre «Lo que es la Constitución española en Lima».

Desde el punto de vista político, lo más robusto del folleto reside en la crítica al gobierno español y lo injusto de que 17 millones de americanos sean representados por diputados suplentes, así como las críticas a la conducta de Goyeneche y Abascal, a la posible intervención de la Gran Bretaña; a la posición de los Estados Unidos, los Braganza y Haití, asentando la tesis americanista de que «tienen igual interés en la independencia de América española, porque de lo contrario la suya estaría amenazada y expuesta, no solamente a continuas convulsiones políticas, sino también a ser la presa de cualquier nación europea que dominase en clase a colonias a la América española».

Manifestación, cit. p. 173.

Es así como, entre bromas y veras, entre versadas pasquinescas y discursos inflamados, se forma un criterio libertador en Lima, en tanto que en las provincias el sentimiento insurgente se manifiesta en forma más patética, esto es, con las armas. El propio Melgar, que acaba sus cortos días disparando un cañón, escribe sátiras y fábulas, dejando de ser el «momento curioso» de nuestra literatura, como lo ha llamado alguien, para ser el «momento representativo» de un tiempo nuevo. Su rebeldía de hecho va antecedida por la literatura en odas ya nombradas y en fábulas. Es en éstas en donde resaltan mejor su personalidad indígena y su agudo sentido de la crítica. ¿Cabe algo más claro y definido que lo siguiente?

EL CANTERO Y EL ASNO

Nos dice cierta gente
que es incapaz el indio:
yo voy a contestarle
con este cuentecillo.
Bajaba una mañana
un cantero rollizo,
repartiendo y lanzando
latigazos y gritos,
de cargados borricos
sobre una infeliz tropa.
«¡Qué demonio de brutos!
¡Qué pachorra! ¡me indigno!
Los caballos son otros:
Tienen viveza y brío;
Pero, a éstos no les mueve
Ni el vigor más activo».
Así clamaba el hombre;
mas, volviendo el hocico,

el más martagón de ellos
 en buena paz, le dijo:
 ¡Tras cuernos, palos? ¡Vaya!
 Nos tienes mal comidos,
 Siempre bajo la carga
 Y exiges así bríos
 Y con azote y palo
 ¡Pretendes conducirnos,
 Y aun nos culpas de lerdos
 Estando en ti el motivo?
 Con comida y sin carga,
 como se ve el rocino,
 Aprendiéramos, luego,
 Sus corcovos y brincos;
 Pero, mientras subsista
 Nuestro infeliz destino,
 Bestia el que se alentara;
 Llueven azotes, lindo;
 Sorna y cachaza: vamos,
 Para esto hemos nacido.

*Un indio, si pudiera,
 ¿No diría lo mismo?*

Melgar, o. c.

Las demás fábulas de Melgar reflejan igual intención política. En la titulada «Las aves domésticas», un pavo real, presuntuoso, es destrozado por los rebeldes gallos: el poeta comenta:

Yo, en los gallos no encuentro malicia—
 —¿Y en los pavos?... No es malo callar.

La provincia, con todo, es más insurgente e inquieta en los hechos que en las letras, mientras que en Lima ocurre todo lo

contrario. La sangre a torrentes corre desde 1805 en Tacna, Huanuco, Cuzco, Arequipa, Puno, en tanto que en Lima corre más tinta que sangre: Alcázar, Gómez y Espejo son de las pocas excepciones.

San Martín, al llegar a Lima, se contagia del ambiente y sus métodos. Más que guerra armada, emprende una guerra literaria, de tinta: «palomas mensajera de la libertad» llamaría Bulnes a las numerosas cartas que el argentino dispara sobre los dudosos y los simpatizadores del Perú. El capitán inglés Basilio Hall, testigo presencial de la entrada de San Martín a Lima, apuntará elogiosamente, que éste la hizo sin ejército.

B. Hall, «El General San Martín en el Perú», Buenos Aires, 1920, págs. 120 y sigs.

Los periódicos—¡la tinta!—ejercen una presión indiscutible. Con tinta habían derrocado, en las afueras de Lima, al virrey Pezuela, los bravíos generales realistas. Con tinta discuten la paz en Punchauca, los enviados de uno y otro bando. El que quiera comprobar cómo tinta y no sangre—al revés que en Venezuela, Colombia, Chile y Uruguay—fué el factor más importante de la independencia peruana, puede recurrir a las fuentes documentales, o a las historias de Paz Soldán, Vargas, los documentos de Herrera, los relatos de Miller, García Campa y O. Valdez.

M. F. Paz Soldán, «Historia del Perú Independiente», Lima, 1868, Primer Período; N. Vargas, «Hist. del Perú Indep.», tomo I, Lima, 19... , pág. ...; Miller, Memorias, García Campa. (Me remito al prólogo para explicar por qué no aparece la cita exacta.

Los periódicos son más poderosos y persuasivos que los pistoles y fusiles, en la Lima insurrecta. Por consiguiente, las letras

adquieren una importancia singular. Por medio de la libertad de prensa, decretada en las Cortes de Cádiz el año de 1813, se publicaban ya «El Cometa», «El Verdadero Peruano», contra el que aparece «El Peruano», procaz hoja de Gaspar Rico y Angulo. Poco después inicia su vida «El Argos Constitucional», y, más tarde, «El Investigador». El versátil Larriva, cojo y mordaz, polemiza con Rico y Angulo, y así nace el sarcástico poeta «La Angulada».

R. Porras, «Don José Joaquín de Larriva», Lima, 1919.

Después aparecerán «El Depositario» (1823) y su réplica «El Nuevo Depositario». En 1832 el periodismo alusivo y contrincante servirá de palenque para una vehemente y definidora discusión entre Larriva y el recién llegado Felipe Pardo y Aliaga, a propósito del estreno de la comedia costumbrista «Frutos de Educación», escrita por el segundo. La alusión y el personalismo serán los tintes más constantes del debate de ideas y de personas. Y, así, en medio de esa atmósfera de canciones intencionadas, proclamas subrepticias, versos agresivos y anónimos, anhelos profundos y expresiones superficiales; roussonianismo o jacobinismo importado y criollísimo aludir, así amanece la Libertad para el Perú.

R. Porras, o. c.; Ibid. «El periodismo en el Perú», en «Mundial», Lima, 28 de julio de 1921.

VI

HACIA LA POESÍA REPUBLICANA

El acta de la Independencia, atribuída su redacción a Manuel Pérez de Tudela, es un documento sobrio y mondado, cuya austeridad conmueve por carecer de abalorios. Era el 28 de

julio de 1821, día de la Independencia, aceptada por el Cabildo abierto del 15 de julio a cuya cabeza figuraban el Conde de San Isidro, Bartolomé de las Heras, arzobispo de Lima, Francisco de Zárate, Simón Rávago, Francisco Vallés, Francisco Javier de Echagüe, Manuel de Arias, el Conde de la Vega del Ren, Luna Pizarro, Riva Agüero, El marqués de Villafuerte, el conde de las Lagunas, el marqués de Monte Alegre, Unanue, etc.

Herrera, o. c., pág. 36-37. Paz Soldán, o. c., primer período.

El 29 de julio, refiere Basilio Hall, hubo nuevas festividades y juramentos. El 7 de agosto se abrió concurso para una «Marcha Nacional del Perú», queriendo encontrar en el canto la objetivación lírica de aquella emoción: la literatura era llamada a cooperar en el nuevo Estado. Se fijó el 18 de septiembre como fecha final del concurso, pero se prorrogó por diez días más.

Gaceta de Gobierno, núm. 11, pág. 46, 15 agosto 1821, Lima; Id. núm. 21, 19 setbre., 1821, Lima, pág. 92.

Sin embargo, según cuenta Moncloa, el himno premiado que fué el de José Bernardo Alcedo, como músico, y José Benigno de la Torre Ugarte, como letrista—ambos los autores de «La Chicha»,—«se estrenó en el teatro de Lima, la noche del 24 de septiembre de 1821, en una función organizada para celebrar la capitulación del general La Mar, en las fortalezas del Callao».

M. Moncloa, «Diccionario Teatral del Perú», Lima, 1905, pág. 83.

Oficialmente se inicia una tarea de restablecimiento intelectual. Un mes exacto después de la Jura de la Independencia, San Martín y su ministro García del Río expiden el decreto que crea la Biblioteca Nacional; el 13 de octubre se preocupan de reglamentar la libertad de imprenta; el 31 de diciembre, último

día del año de 1821, se declaró, revolucionando todos los conceptos virreinales, que el arte escénico no comporta infamia alguna para quien lo ejerce y que «todo individuo que contribuya a la prosperidad y lustre del país en que se hallara era digno de consideración pública». Así se estimulan las actividades literarias del teatro y se garantiza la libre expresión en la literatura periodística.

Gaceta de Gobierno, núm. 15, 29 de agosto de 1821, pág. 68; Id. núm. 29, 17 de octubre de 1821, pág. 125; Paz Soldán, o. c., Primer período, Lima, 1868, pág. 233-244.

Todos los hechos anteriores, indican que la actividad intelectual recuperaba sus prestigios, mas el mejor y más elocuente exponente del estado espiritual de entonces es, sin duda, la «Canción Nacional», compuesta por «un pobre lego de Santo Domingo, el peruano Bernardo de Alcedo», en quien se plasmó la emoción de sus días señeros, y que no fué compuesta el 7 de agosto, como dice Paz Soldán, confundiendo la fecha de convocatoria a concurso con la del nacimiento de la obra premiada. Y es muy interesante observar cómo el «pobre lego» cuyos conocimientos musicales fueron muy apreciables, según se sabe, pudo recoger en el ritmo majetuoso y vibrante de su Himno la fe y el ardimiento de instantes en los que se jugaba, íntegramente, el porvenir de una nación y hasta de un mundo. Los trímetros anapésticos del Himno de Alcedo y Torre Ugarte ostentan un aire marcial indudable:

Somos libres, seámoslo siempre,
Y antes niegue sus luces el sol
Que faltemos al voto solemne
Que la Patria al Eterno elevó;

grita el coro. Y las seis estrofas—divididas en octavas, cuando se trata, en realidad, de una especie de romance heroico, por ser

verso decasílabo asonantado en los pares, si es que se le juzga silábicamente, aunque su exacta definición está entre los versos métricos—revelan las vigorosas pasiones de aquel tiempo, el rechazo al español y el cansancio de tanta esclavitud. Con razón anota Basilio Hall, que los peruanos, después de tan prolongada servidumbre, desconcertados ante la miseria que no era el lujo de antes, revelaban un egoísmo y un sobresalto «muy excusables».

B. Hall, o. c., pág. 132.

Hay en el «Himno» versos de una elocuencia y expresión netas:

Lima cumple su voto solemne,
y, severa, su enojo mostró
al tirano impotente lanzando
que intentaba alargar su opresión.
A su esfuerzo saltaron los grillos
y los surcos que en sí reparó
le atizaron el odio y venganza
que heredara de su Inca y señor.

Músico de extracción social humilde; poeta popular, ambos autores trasuntan bravíamente la opinión y el criterio de su época. «Somos libres, seámoslo siempre» concreta un voto, un programa una promesa.

La bien timbrada voz de Rosa Merino sería la primera en cantar las solemnes estrofas del Himno, aquella memorable noche del 24 de septiembre de 1821.

Multiplíquense los rimadores. Al par que cantos populares, la adulación engendra repentistas saloneros. El «Album de Ayacucho» de Herrera y «La Lira Patriótica», de M. Nicolás Corpancho, contienen un sinnúmero de estos engendros de ocasión. Y hasta de otros lugares, como por ejemplo, de la Argentina, llegan acordes conmemorativos: tal el «Cielito al Triunfo de Lima y el Callao», de Bartolomé Hidalgo, y los ya citados poemas de Esteban de Luca. Dirá Hidalgo:

Descolgaré mi changango
 para cantar sin reveses
 el triunfo de los patriotas
 en la ciudad de los Reyes.
 Cielito, cielo que sí,
 están los sanmartinistas
 tan amargos y ganosos
 que no hay quien se les resista.

Rojas, o. c., tomo I, pág. 483-484.

Hidalgo moriría poco más tarde, el 28 de noviembre de 1822.

Funcionarios circunspectos no desperdician la oportunidad de «descolgar el changango». El funcionario don Manuel B. Ferreyros, más tarde Director de Estudios y atildado traductor del «Child Harold», produce una pesada «Oda a Lima Independiente» (1821); el doctor don José Manuel Valdez, lanza, más tarde una oda «A San Martín» en que compara a éste con Washington. Don F. Llanos, uno de los firmantes del Acta de Independencia en el Cabildo, escribe una sola canción «A San Martín» (1822). También don Benito Lazo había publicado unos versos alusivos, «de índole revolucionaria», intitulados «El Perú esclavizado» (1821). En un banquete ofrendado por San Martín al comisario Regio don Manuel Abreu, en 1821, el ministro republicano don Juan García del Río espetó a la concurrencia un largo brindis «improvisado», en verso, cuyos dos últimos renglones encerraban una promesa y un clamor:

Bajemos a la tumba...
 Allá no habrá tiranos.

Indudablemente se vivía bajo el clima del frenesí...

Sánchez, «Los Poetas de la Revol.
 Ed. cit., pág. 58; Herrera, o. c., pág. 293.

(Continuará).